

A los dos días de embarcado el Capitán del buque J. Brown, me hizo saber que tenía orden para transportarme á tierra; le dirigí en seguida la nota número 20, que contestó de palabra, manifestándome su disposición á emplear la fuerza en cumplimiento de lo que le estaba prevenido. Esta novedad la causó el haber llegado ese día 4, procedentes de New Orleans, y á las órdenes del llamado General Thomas J. Green, 130 voluntarios, que amotinados y con amenazas pidieron se pusiese mi persona á su disposición.

Inmediatamente escribí al Sr. Burnet el oficio número 21, en que concluí manifestándole, que estaba resuelto á no salir sino muerto, y con su respuesta (número 22), se presentaron á bordo varios individuos, asegurándome que mi detención duraría pocos días, y mi persona indudablemente sería respetada.

Trasladado á tierra y presentado en espectáculo á los móviles de mi desembarco, fuí entregado al poder militar y reducido á prisión, custodiado por el Capitán Guillermo Patton, que de Victoria vino expresamente comisionado al efecto, el que me trasladó á una pequeña casa inmediata á Columbia, donde permanecí mes y medio.

Irritado con tal procedimiento, protesté como se ve en el documento núm. 23, por la falta de cumplimiento de lo prevenido por parte de los texanos. En consecuencia, y prescindiendo de los efectos de la coacción que intervino en todos los actos posteriores á mi prisión, los convenios quedaron nulos y yo entregado á mi suerte.

La efervescencia que motivó mi desembarco fué exaltándose contra mí, hasta el grado de creerse cada voluntario autorizado para quitarme la vida, pues el 27 de junio se me vino á disparar una pistola desde una ventana inmediata á mi cama, que iba á causar la muerte de los Coroneles Almonte y Núñez. En fin, el 30 de junio se dió orden para que se nos trasladase de Columbia á Goliat, á ser fusilados en el lugar en que lo habían sido Faning y sus compañeros. El principal colono E. Austin, á quien había favorecido en México, compadecido de su situación desgraciada, empeñado en retribuirme mis beneficios, me indicó: "que si escribía al General Jackson una carta que, aunque contuviese sólo ideas gratas, halagase á los texanos, "pues el sólo nombre de aquel magistrado de quien tanto esperaban "y á quien oían con el mayor respeto, contendría el furor popular y "facilitaría mi salvación." La pérdida de mi existencia no la consi-

deraba absolutamente necesaria al bien de la patria; no tenía esperanzas de salvarme, porque hasta el enemigo conocía que el ejército debía dar pasos para conseguirlo y no lo hacía; firmé la carta bajo las ideas que indicó el mismo Austin (núm. 24), de que es contestación el núm. 25, y tranquilizados los ánimos con las voces que se hicieron correr de mi buena disposición, pudo después el General Houston realizar sus antiguos deseos favorables á mí, disponiendo que marchara para Washington, acompañado de tres jefes texanos, para que los exaltados no desconfiaran y se repitiera el suceso de 4 de junio; y aunque para mí era penosísima como lo fué semejante marcha en el rigor del invierno, tuve que conformarme por no haber otro medio de salir del peligro.

Antes se me trasladó á Orosimba, donde á consecuencia de una denuncia de mi amanuense D. Ramón Caro, sobre un proyecto para sustraerme de la prisión, según se me informó después, se me puso el 17 de agosto, y al Coronel Almonte el 18, una pesada barra de grillos á cada uno, que llevamos por espacio de cincuenta y dos días.

La contestación del General Jackson se funda, como es fácil advertir si se compara con mi carta, en una mala inteligencia de ella. Yo no le indicaba otra cosa sino que se interpusiese con los texanos para que cumpliesen con su compromiso de mi libertad, mediante á haber yo llenado los míos y estar todavía dispuesto á llenar el que me faltaba si lo exigían. Pero su respuesta negativa dejó completamente concluido este punto, y mi libertad no fué á consecuencia de ella ni de los convenios de 14 de mayo, sino como he dicho, obra de la espontánea voluntad del citado Houston, que si se movió á ello esperando por las noticias de mi país que mi presencia en él les haría el beneficio de que estallara una revolución, ni me lo dijo, ni alegó otro motivo que una *generosidad* que debo agradecer y no más.

Para mi marcha á Washington, había tres motivos poderosos, dos de ellos en efecto, de necesidad, y el tercero de conveniencia pública. Era preciso no alarmar á los texanos, sino corroborarles la idea de mi deferencia á sus proyectos, y ni prudente ni seguro dirigirme á Orleans, no pudiendo venir en derechura á Veracruz por falta de comunicación entre Texas y el resto de la república; porque aquel puerto ha sido el foco de la revolución de los colonos y podía atropellárseme á mi regreso, y era por fin muy conveniente que me apro-

ximase al gabinete de Washington á observar bien de cerca sus ideas relativas á nosotros y á Texas.

En esto invertí los seis días que allí permanecí, y la bondad del general Jackson me facilitó un buque de guerra que me condujera, después de manifestarme sus deseos de continuar las relaciones amistosas que existen entre ambas naciones. Muy poco hablamos, y eso por incidencia de la correspondencia que tuvimos cuando aun estaba ya prisionero, manifestándome que había dado al Sr. Gorostiza copia de las dos cartas suya y mía de que se componía. En dicho buque llegué al puerto de Veracruz, como oportunamente comuniqué á V. E.

La precipitación y dificultades que he tenido al hacer este parte, no estando mi salud buena, y mis papeles trastornados á causa del viaje que hicieron, y de los sucesos ocurridos, es fácil que hayan influido en su incorrección, que advertida corregiré, indicando á V. E. que no acompañe los documentos correspondientes al tiempo que medió desde que salí de Thompson hasta el día 21 de la acción, porque todo lo mío que llevaba cayó en poder del enemigo y se extravió.

Al terminar tan larga relación, creo de rigurosa justicia recomendar á la justificación del supremo gobierno al digno Coronel D. Juan Nepomuceno Almonte, por el buen comportamiento que tuvo en la campaña, y decoro con que se condujo en el cautiverio, sirviéndome además de intérprete en cuanto me fué menester, y del más fiel compañero en los días de amargura.

Por mi parte he sufrido privaciones, padecimientos, ultrajes y calumnias; la patria á quien he servido en cumplimiento de mis deberes como ciudadano, y la posterioridad, sin duda me harán justicia, que también espero del supremo gobierno.

Sírvase V. E. elevar al conocimiento del E. S. presidente interino lo relacionado, para su superior conocimiento y fines consiguientes, reiterando á V. E. mi consideración y aprecio.

Dios y libertad. *Mangga de Clavo*, marzo 11 de 1837.—*Antonio López de Santa-Anna*.—Excmo. Sr. ministro de guerra y marina.

Traducido.—Parte de Houston.—Cuartel general del ejército.—San Jacinto, abril 25 de 1836.—A S. E. David G. Burnet, presidente de la república de Texas.—Sr.: Siento infinito que la situación en que me he hallado desde la batalla del día 21 haya sido tal, que no me haya permitido dirigir á vd. mi parte oficial antes de ahora acerca de dicha acción.

Tengo el honor de informar á vd., que en la tarde del 18 del corriente, después de una marcha forzada de 55 millas, que se efectuó en dos días y medio, el ejército llegó al frente de Harrisburg; esa tarde se tomó á un correo del enemigo, por el cual supe que el General Santa-Anna, con una de las tres secciones de su ejército, había marchado en la dirección del paso de Linchburg sobre San Jacinto; quedando de paso á Harrisburg. Se previno al ejército se tuviese listo para marchar temprano al día siguiente. En la mañana del 19, el grueso de él efectuó el paso del Buffalo Bayon abajo de Harrisburg, dejando á retaguardia los equipajes, los enfermos y una suficiente guardia. Continuamos la marcha toda la noche, no haciendo más que un alto en el llano, muy corto, y sin tomar alimento. Al romper el día nos volvimos á poner en marcha, y á poca distancia, nuestros exploradores se encontraron con los del enemigo, y recibimos noticia que el General Santa-Anna se hallaba en New Washington, y que aquel mismo día se dirigía á Anáhuac por el paso de Linchburg. El ejército texano hizo alto como á media milla del paso, en un bosque, y se hallaba ocupado en matar reses, cuando el ejército de Santa-Anna se descubrió marchando en batalla, habiendo levantado su campo de la punta de Clopper, 8 millas más abajo. Se dispusieron nuestras fuerzas inmediatamente, y se hicieron preparativos para su recepción. Tomó una posición con su infantería y artillería en el centro, ocupando un bosque aislado; y su caballería cubría su ala izquierda. La artillería comenzó entonces sus fuegos sobre nosotros, y consistía de una pieza reforzada de á 12, de bronce. La infantería en columna avanzó con el designio de cargar sobre nuestra línea; pero fué rechazada por una descarga de metralla de nuestra artillería, que se componía de dos piezas de á 6. El enemigo había ocupado un pequeño bosque á distancia de tiro de rifle sobre nuestra izquierda, desde donde se contestaban de cuando en cuando los fuegos de la tropa, hasta que el enemigo se retiró á una posición sobre la orilla

de San Jacinto, como á tres cuartos de milla de nuestro campo, y comenzó su reducto. Poco antes de meterse el sol, nuestra gente montada en número como de 85, bajo el mando especial del Coronel Sherman, hizo una salida con el objeto de hacer un reconocimiento sobre el enemigo. Mientras avanzaban, recibieron una descarga de la izquierda de la infantería enemiga; y después de una reñida refriega con la caballería del enemigo en que la nuestra se manejó bien y desplegó actos de un valor decidido, se retiró en buen orden, habiendo tenido dos heridos de riesgo y varios caballos muertos; al mismo tiempo, la infantería al mando del Teniente Coronel Millanos, y Col Bush con la artillería, habían salido también para cubrir la retirada en caso necesario. Todos ellos se retiraron en buen orden á nuestro campo al meterse el sol, y permanecieron sin que hubiese ninguna acción ostensible hasta el día 21 á las tres y media de la tarde, tomando el primer alimento que hacía dos días no probaban. El enemigo entretanto extendió su flanco derecho hasta ocupar la extremidad de un corto bosque á la orilla de San Jacinto, y aseguró su izquierda con una trinchera como de cinco pies de alto, construída de cargas y equipajes, dejando una tronera en el centro, en la que colocó su artillería; la caballería se hallaba sobre su ala izquierda.

Como á las nueve de la mañana del día 21, el enemigo fué reforzado por 500 hombres escogidos, al mando del General Cos, lo cual hacía subir su fuerza efectiva á más de 1,500 hombres, mientras que la nuestra no podía pasar en su mayor número de más de 783. A las tres y media de la tarde mandé que los oficiales del ejército texano presentasen en revista sus respectivas compañías, y mandé al mismo tiempo que el único puente que había sobre el camino de los Brazos, distante 8 millas de nuestro campo, fuese destruído, para cortar así toda posibilidad de escape. Nuestras tropas se alistaron con prontitud y decisión, y se hallaban deseosas del combate. El conocimiento de su disparidad numérica sólo parecía aumentar su entusiasmo y confianza, y hacía más grande su ansiedad por el conflicto. Nuestra situación me proporcionó oportunidad de tomar mis medidas preparatorias para el ataque, sin exponer mis designios al enemigo. El primer regimiento, mandado por el Coronel Burleron, fué colocado en el centro.

El segundo regimiento al mando del Coronel Sherman, formaba

la ala izquierda del ejército. La artillería bajo el mando especial del Coronel George W. Hocley, inspector general, se hallaba á la derecha del primer regimiento, y cuatro compañías de infantería al mando del Teniente Coronel Enrique Millard, sostenían la artillería sobre la derecha. Nuestra caballería en número de sesenta y uno, mandada por el Coronel Mirabeau B. Lamar (cuya valerosa y atrevida conducta en el día anterior le atrajo la admiración de sus camaradas y le llamó á aquel mando), se hallaba á la extremidad de nuestra derecha y completaba nuestra línea. Nuestra caballería fué primeramente despachada al frente de la izquierda del enemigo para llamarle la atención, en tanto que un bosque inmediato nos proporcionaba la oportunidad de concentrar en él nuestras fuerzas y desplegar desde allí, en los términos que queda dicho.

Todas las evoluciones se efectuaron con rapidez, avanzando todo rápidamente en una línea y en medio de un llano descubierta, sin protección ninguna para nuestra gente. La artillería avanzó y se colocó á doscientas varas de la trinchera del enemigo, y comenzó un fuego efectivo de bala y metralla.

El Coronel Sherman, habiendo empezado la acción por nuestra izquierda, toda la línea del centro y la derecha, avanzó á paso redoblado pronunciando la palabra guerrera de "recordad el Alamo" y recibió el fuego del enemigo, habiéndose adelantado hasta ponerse á tiro de punto en blanco antes de descargarse una sola arma por nuestra línea. Ésta avanzó sin hacer alto hasta posesionarse del bosque y trinchera enemiga. La ala derecha de Burleron é izquierda de Millard, tomaron posesión de la trinchera, mientras nuestra artillería se dirigió denodadamente sobre el cañón enemigo hasta ponerse á distancia de setenta varas, cuando fué tomado por nuestras tropas. El conflicto duró como diez y ocho minutos desde que comenzó la acción hasta que nos hallamos en posesión del campo enemigo, tomando un cañón cargado, cuatro banderas, todos los equipajes y demás útiles de campaña. Nuestra caballería dió una carga y derrotó á la enemiga sobre la derecha, y persiguió los fugitivos hasta encontrarse con el puente de que he hablado antes. El Capitán Karnes, siempre entre los primeros en el peligro, mandaba á los perseguidores. La acción en la trinchera duró pocos momentos; algunos de los nuestros pelearon individualmente, y no teniendo